A ORILLAS DEL RIO PUELO, CON DON HUMBERTO FUENZALIDA V. EN UN DIA DE FEBRERO DE 1943

Don Humberto llegó a caballo sorpresivamente a nuestro campamento del Puelo medio, al caer la tarde. Venía acompañado de Bartolomé Gallardo, uno de los más antiguos pobladores del valle del Puelo que le servía de baqueano. Juntos estaban recorriendo toda la cuenca del río Manso en territorio chileno con sus principales tributarios, los ríos Steffen, Frío, Tigre, Los Leones, y otros menores. El y Walter Biese, los dos geógrafos y geólogos que integraban la expedición, se habían repartido el estudio de la hoya del Puelo. Mientras Fuenzalida exploraba el lado oriental, a Biese le correspondió el área sur y occidental, de cuya red formaban parte los tributarios Ventisquero, Traidor y Puelo Chico. Por otra parte Alfonso Posada y yo, estudiantes de 5º año de Ingeniería, ejecutábamos con un campamento móvil, una poligonal a lo largo del Puelo que remontaba desde su desembocadura en el estuario de Reloncaví hasta su nacimiento en el lago Inferior. . . más de cien kilómetros. Allí estábamos en mitad de la tarea.

Mientras comíamos cordero asado y cebábamos unos mates a la lumbre de la fogata, nos habló de mil cosas entretenidas, desde sus estudios en Francia a la expedición de 1934 por el territorio de Aisén. Entonces como ahora lo acompañaba el botánico del Museo don Marcial R. Espinosa B., de quien contaba múltiples anécdotas. Las noticias del momento eran que la maleta de don Walter Biese, con todas sus cosas, que había quedado olvidada en el escampavía Yelcho al tiempo del desembarco, había vuelto en su nuevo viaje al Puelo, después de un mes. Don Walter estaba entonces haciendo devolución de las prendas que para la emergencia se le habían prestado. Don Pablo Haupt, administrador del dinero de la expedición había vuelto a Puerto Montt en busca de víveres, que ya escaseaban debido al excesivo celo en el presupuesto demasiado ajustado que presentó a Corfo. Recuerdo cuando don Humberto le dijo en los primeros días —en esa forma franca y directa que le caracterizaba— que "habíamos venido a Puelo a trabajar y no a pasar hambre".

Pero sus palabras más estimulantes de esa noche, tal vez las que más impresión dejaron en mí, fueron aquellas cuando nos dijo que gente como nosotros seríamos continuadores en la conducción de expediciones en el territorio nacional y que a él le interesaba vivamente que hubiera jóvenes preocupados en la exploración geográfica de Chile. Creo que esa noche partió mi admiración por él y fue el inicio de una amistad que perduraría hasta que prematuramente le sorprendió la muerte, en febrero de 1966.

Le ofrecí que durmiera bajo el techo de nuestra carpa y usara mi catre de campaña. A pesar de mi insistencia no aceptó, no quería modificar nuestras costumbres. Se puso una especie de buzo acolchado de plumas por todas partes. Era como vestir su tronco, sus piernas y brazos con múltiples sacos de dormir. Así, como enorme lulo, se echó a dormir sobre el pasto, a plena intemperie.

Hans Niemeyer F.